



cultura diaguita



SERIE EL PATRIMONIO CULTURAL CHILENO
COLECCION CULTURAS ABORIGENES

·ERIE EL PATRIMONIO CULTURAL CHILENO COLECCION CULTURAS ABORIGENES

Las piezas que aparecen en este libro pertenecen a las colecciones del Museo Arqueológico de La Serena y Museo Arqueológico de Ovalle. Las Fotografías son de Raúl Salfate Araya, del Autor, y archivo Museo Arqueológico de La Serena.

Diseño y Diagramación:
Francisco Olivares Thomsen

© *COPYRIGHT: Ministerio de Educación. Departamento de Extensión Cultural. Inscripción N.º 48616. Octubre 1978.*
Impreso en Editora Gabriela Mistral.

SERIE EL PATRIMONIO CULTURAL CHILENO
COLECCION CULTURAS ABORIGENES

cultura diaguita

Gonzalo Ampuero Brito



Departamento de Extensión Cultural del Ministerio de Educación

INTRODUCCION

“Este Valle de Coquimbo es vistoso y ancho, más que ninguno de los que he dicho. Corre un río por él. Había mucha gente y era muy poblado, y cuando los Incas vinieron a conquistarles, sobre el abrir de una acequia que los Incas los mandaron sacar y no querían, mataron más de cinco mil indios, donde fueron parte para despoblar este valle.”

(Bibar, Gerónimo, Cap. XXII, pp. 32.)

Cuando Ricardo Latcham escribió su “Prehistoria Chilena”, en 1928, dedicó un capítulo especial a los “Indios Diaguitas de Atacama y Coquimbo”, dando comienzo a los estudios sobre esta cultura prehistórica y que hasta ese momento permanecía inno-
minada. Sus argumentos para asignar el de-
nominativo etnográfico de “Diaguita” a las
evidencias arqueológicas podrían ser con-
siderados hoy en día de escaso valor y aun
discutibles, si no fuera por el hallazgo de
nuevos antecedentes, aportados básica-
mente por Don Francisco Cornely, funda-
dor del Museo Arqueológico de La Serena y
autor de los más completos análisis de los
pueblos agroalfareros de la región, y por
Jorge Iribarren, continuador de la obra de
Cornely y uno de los arqueólogos chilenos

que más colaboraron al conocimiento de
nuestro pasado en los últimos años. A ello
habría que sumar los análisis etnohistóricos
que han realizado diversos autores, basados
en las crónicas redactadas durante el pe-
ríodo de conquista del territorio por los es-
pañoles, especialmente la “Crónica de los
Reinos de Chile”, de Gerónimo de Bibar,
escrita originalmente en 1558 y publicada en
1966 por el Fondo J. T. Medina.

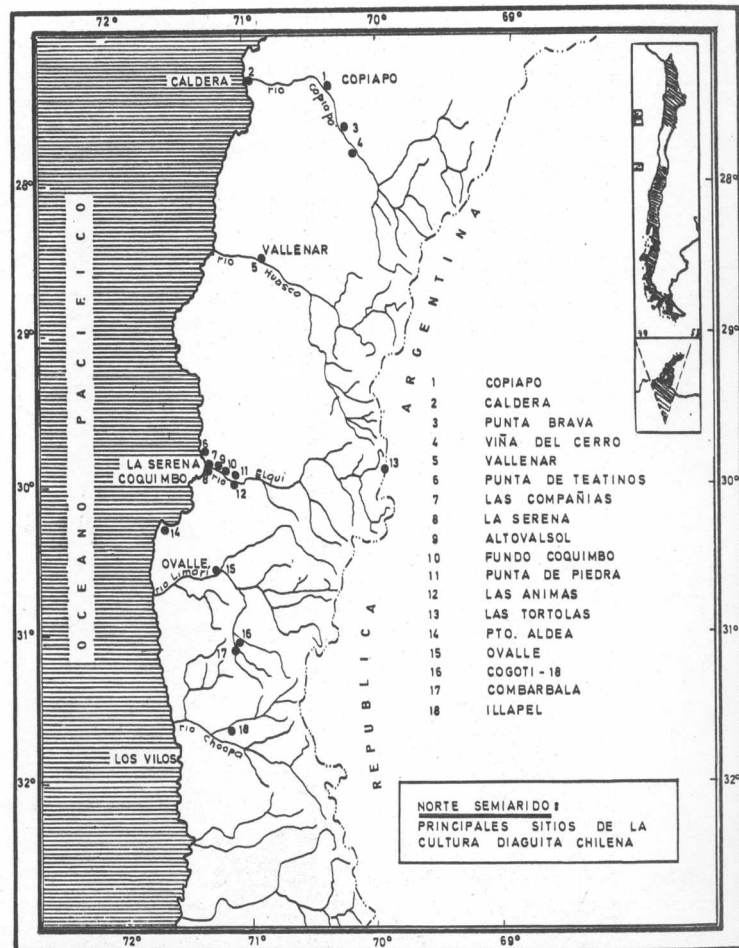
La Cultura Diaguita Chilena es conocida
mundialmente por la riqueza plástica de su
alfarería, calificada por muchos autores
como de las más hermosas y estilizadas
producidas en el territorio americano du-
rante el período Precolombino. Si bien esta
afirmación es subjetiva en cuanto a la so-
brevaloración de un aspecto tan especial,
no es menos cierto que nuestro actual cono-
cimiento arqueológico —aún incompleto—,
nos enfrenta a un pueblo de rica compleji-
dad cultural, y que recibió al dominio in-
caico con valores de tal magnitud, que pudo
combinar armónicamente sus logros arte-
sanales con los del pueblo invasor, produ-
ciéndose en la región un proceso de trans-

culturación que desafortunadamente sólo podemos conocer a través de la evidencia arqueológica, consignada en la cerámica, metalurgia y artesanías del hueso y la piedra. El tiempo y el medio ambiente se han encargado de borrar otros vestigios, que de existir nos enfrentarían a una rica y valiosa cultura que trataremos de dar a conocer con los consiguientes vacíos ya configurados.

El medio ambiente.

El Norte Chico, que ocupa el territorio de las regiones III y IV, ha sido designado como el área de las "*Provincias Diaguitas*", por la distribución de las evidencias en sus principales valles de Copiapó, Huasco, Elqui, Limarí y Choapa, en sus cotas precordilleranas y áreas de interfluvio.

Este medio ambiente se define por tres rasgos muy característicos: a) un clima estepario, de transición entre el desértico que está presente hasta Copiapó por el norte, y los climas templados, con su variedad medi-



Elqui.



terránea a partir, por lo menos, del sector Choapa-Aconcagua por el sur. Estos climas semiáridos varían de una sequedad extrema con precipitaciones anuales que van desde los 25 mm. para Copiapó y 243 mm. para San Felipe, en el Valle de Aconcagua, con un régimen de clima templado. Esto sin contar la mayor humedad que presenta la franja costera; b) un relieve de cordones montañosos que unen la cordillera de los Andes con la costa, y que dejan entre sí las cuencas por donde se deslizan los ríos mencionados, alimentados por las nieves andinas y por innumerables cursos menores y quebradas de caprichosa configuración, y c) una vegetación xeromorfa-mesomórfica, que evoluciona de Norte a Sur, exuberante en los valles con sus característicos chañares, algarrobos y arrayanes, a los que se suma el espino a la altura de Ovalle, y con profusión de formaciones arbustivas y especialmente de cactáceas desde la costa a quebradas secundarias e interfluvios.

La descripción que los cronistas hacen del ambiente de esta región no difiere mayormente de las condiciones actuales. Así,

por ejemplo, dice Gerónimo de Bibar, al referirse a Copiapó, que: *“Este valle de las sierras nevadas de donde procede hasta el mar tiene de compás las quince leguas como tengo dicho. Tiene de ancho una legua y en parte más. Corre por este valle un río pequeño que basta regar sementeras de los naturales que en él hay, que en esta razón habría mil indios... En este valle no llueve sino hay aquellas neblinas que ya tengo dichas cuando en el invierno”* (Bibar: 27).

El mismo autor, al referirse al valle de Elqui, señala: *“Este valle es de la constelación y temple diferente de las que he dicho, porque de aquí comienza la tierra que llueve no tanto que las comidas se criasen con el aguas sino las ayudasen con regarlas con las acequias. Es el invierno de este valle desde abril hasta agosto. No hace frío demasiado, ni en el verano demasiado calor. Dase maíz y frijoles y papas y quinoa y zapallos, y darse han todas las plantas y árboles de nuestra España”* (Bibar: 32).

Las descripciones de nuestro cronista son precisas y actuales, si bien muchas ve-



Elqui al interior.





Vista en detalle de la superposición de sepulturas en Punta de Piedra. Nótese que las lajas de la tumba superior han dividido cuerpos del nivel inferior.

ces demasiado breves, pero reflejan claramente las condiciones ecológicas del Norte Chico hacia 1540, y que no han variado mayormente, salvo la introducción de cultivos y ganadería europea, además de la indiscriminada explotación del pobre manto vegetal, iniciado por los conquistadores españoles en el siglo XVI.

Aquí en el Norte Chico, donde contrasta la cordillera con sus altas cumbres que caen abruptamente hacia el mar, donde los ríos bañan feraces valles y donde se entremezclan serranías, quebradas y mesetas, surge y se desarrolla la Cultura Diaguita Chilena, que intentaremos bosquejar a continuación.

Antecedentes arqueológicos.

El pasado prehistórico de esta Región hunde sus raíces en el período denominado **PALEO-INDIO**, en el cual grupos de cazadores provenientes del Norte y correspondientes a las primeras oleadas del poblamiento americano ocupaban un ambiente

muy diverso del actual, hace unos 12.000 años, al término del último período glacial que afectó a todo el globo terrestre. Estos cazadores, cuyas evidencias muy escasas se encuentran en el área de Los Vilos, obtenían sus recursos de una fauna actualmente extinguida, como el mastodonte (un tipo de elefante), el caballo americano, los milodontinos o perezosos gigantes y una variedad de los ciervos de pantanos, cuyos descendientes todavía existen en el área amazónica. La caza de esta megafauna por los primitivos habitantes en fechas tan remotas sufrió un vuelco relativamente definitivo cuando las condiciones ecológicas comenzaron a transformar fundamentalmente el paisaje con la retirada paulatina del nivel de los hielos hasta los actuales límites polares. Ya sea por estos cambios del medio ambiente o por la acción humana, las especies mencionadas se extinguieron con rapidez y un nuevo período cultural definido como **ARCAICO** se presenta en esta Región, hacia el año 8000 a.C. En él los cazadores se movilizan por valles e interfluvios, desde la costa a la cordillera, o incursionan hacia las planicies y mesetas del Noroeste argentino



*Jarro antropomorfo profusamente decorado.
Diaguíta III. Procedencia: Estadio Fiscal de
Ovalle. (Museo Arqueológico de Ovalle.)*



*Vaso ceremonial doble, unido por una figura
felínica. Cultura Diaguíta, Fase III de influencia
Inca. Procedencia: Puclaro. (Museo Arqueológico
de La Serena.)*





Detalle del interior de la sepultura del Fundo Coquimbo con parte de su ajuar.

Sepultura con cubierta de piedra. Diaguita III.



en un proceso trashumántico, para seguir los movimientos de la fauna representada básicamente con los auquénidos, en este caso el guanaco, un tipo de ciervo no bien determinado, y, además, explotando los recursos naturales del manto vegetal o una recolección de algunos frutos y semillas que entregan las especies del medio ambiente semiárido, en especial el chañar, la quínoa, los frutos de algunas cactáceas, etc.

Los cambios estacionales extremos de invierno-verano favorecen y estimulan estos movimientos en un mecanismo casi natural. La cordillera abre sus puertas con ricos pastizales a la afluencia de la fauna en el verano, y en el invierno la franja costera y los valles son aptos para la caza y la recolección en sus diversas manifestaciones bióticas. El hombre se enfrenta a un medio restringido a una franja, que interpone por un lado los recursos marinos, valles y quebradas, y por otro la alta cordillera, que en esos remotos tiempos, más que una pared divisoria, es una valla abierta en diversos lugares y que nuestros antepasados recorrieron en busca de sustento.

La arqueología ha permitido ir reconstruyendo este modelo, que creemos se aproxima a la realidad. El sitio de San Pedro Viejo, en un alero rocoso del Río Hurtado, demostró que hacia el año 8000 a.C. las características ecológicas del Norte Chico eran similares a las actuales y que los cazadores que dejaron sus restos en sitios precordilleranos utilizaban los diversos ecosistemas de valles y quebradas, de costa y cordillera.

Hacia el año 2500 a.C., estos cazadores han entrado en contacto con grupos asimilados al medio ambiente costero y con lejanos complejos culturales que ya poseen el conocimiento de la agricultura. La presencia de *Phaseolus vulgaris* (porotos), *cucurbitáceas* (calabazas) y algunas variedades de maíz (*Zea maiz*), encontrados en el sitio antes mencionado, así lo demuestra. No obstante, los cazadores-recolectores parecen no variar fundamentalmente su estructura socioeconómica y continúan con su antigua forma de vida.

A comienzos de nuestra Era, casi simultáneamente con el territorio trasandino,

Jarrito zoomorfo, posible representación de una perdiz Diaguita III (Museo Arq. de La Serena). Valle del Elqui.





Figura humana de cerámica, correspondiente a uso ceremonial en época incaica conocida como Packcha. Diaguita III. Procedencia: Estadio Fiscal de Ovalle. (Museo Arqueológico de Ovalle).

◀ *Escultura de piedra. Diaguita III (Inca). Hacienda Illapel (Museo Arqueológico de La Serena).*

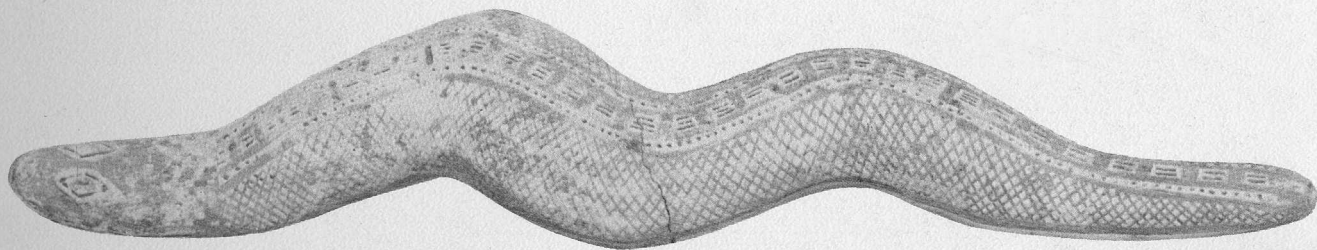
surge y se desarrolla el Primer Complejo o Cultura agroalfarera, que fuera descubierta por don Francisco Cornely en el Valle del Río Elqui, y que lleva por nombre el del sitio tipo: **EL MOLLE**.

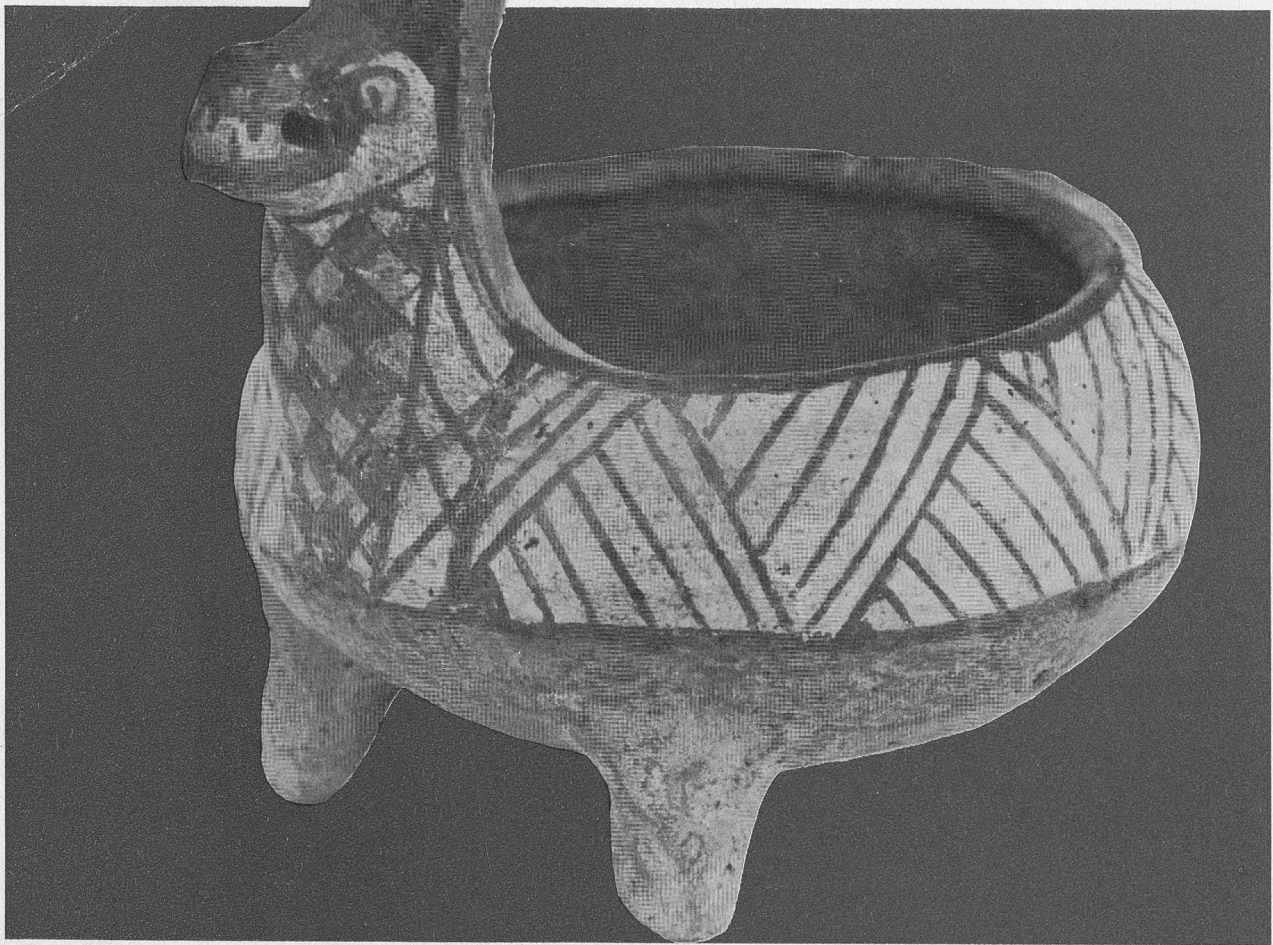
Este complejo cultural que presenta evidentes lazos con las culturas del noroeste argentino se caracteriza por una economía agroganadera, un patrón de asentamiento semiestable en los valles, quebradas e interfluvios y en la costa. Conoce las técnicas de la metalurgia del cobre, plata y oro en forma simple, mantiene rebaños de llamas con un

proceso de domesticación, que probablemente se inicia con los antiguos cazadores, y elabora una fina cerámica de atractiva simpleza, en algunos casos finamente decorada; conoce el uso del tabaco o similar y, como elemento muy característico, introduce en la región un adorno labial elaborado en piedra y que actualmente conservan algunas tribus amazónicas: el tembetá.

El Complejo Cultural El Molle desaparece o se desplaza hacia otras regiones en el Siglo VIII de nuestra Era, quizás bajo la presión de nuevos grupos culturales que

Figura ofídica de cerámica decorada, probablemente de uso ceremonial. Diaguita III. Procedencia: Estadio Fiscal de Ovalle (Museo Arqueológico de Ovalle).





comienzan a llegar a través de los pasos cordilleranos. Aquí las evidencias arqueológicas nos demuestran que estas poblaciones, que hemos estudiado mediante evidencias todavía muy incompletas y que hemos agrupado en el llamado **COMPLEJO LAS ANIMAS**, serán la base de la Cultura Diaguita Chilena, tema del presente estudio.

LA CULTURA DIAGUITA Sus inicios.

Los estudios de Francisco Cornely, que culminaron con su libro "*La Cultura Diaguita Chilena y Cultura de El Molle*", editado en 1956, entregaron la mayor información conocida hasta el momento sobre esta Cultura.

Durante largos años, Cornely recorrió la Región con grandes sacrificios, debido a la falta de recursos; excavó innumerables cementerios, especialmente en el Valle de Elqui, reuniendo un extraordinario número de material que fue la base del Museo Arqueológico de La Serena, fundado el 3 de abril de 1943.

Esta información, que hemos retomado contando con moderna metodología arqueológica, mejores medios económicos y equipos, sumados al aporte de las investigaciones de un sinnúmero de especialistas, ha tenido necesariamente que transformar y enriquecer las conclusiones a que había llegado Cornely, guiado por los trabajos de Ricardo Latcham, quien fue realmente —como lo señaláramos en un comienzo— el

◀ *Platito zoomorfo con representación de un auquenido. Diaguita III. Valle del Elqui. (Museo Arq. de La Serena.)*

iniciador de los estudios arqueológicos sistemáticos en el Norte Chico.

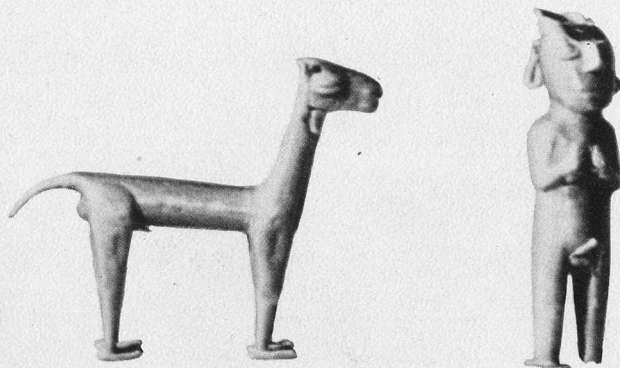
Ricardo Latcham, en un trabajo sobre los Diaguitas, publicado en 1937, sostuvo que este grupo cultural tenía una identidad casi completa con las tribus vecinas del territorio argentino y que había recibido influencias de la Cultura Andina de Tiwanaku hacia el Siglo VII de nuestra Era, y de los Chinchas del Perú hacia el Siglo XIII. Sostuvo, además, basándose en los estudios del lingüista Rodolfo Schuller, el uso en ambas vertientes de la lengua denominada “kakan”.

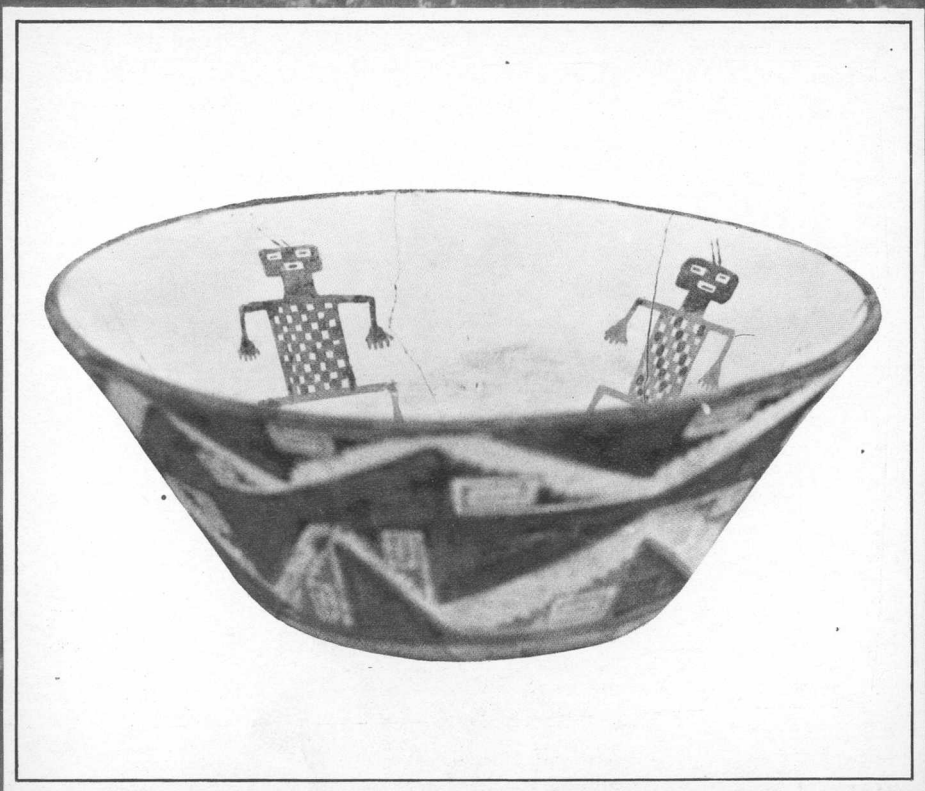
Francisco Cornely sometió estas ideas a una comprobación arqueológica mucho más abundante que la aportada por Latcham, entregando una secuencia más rigurosa y una información más amplia de los contextos, distribución espacial e interpretación para su cultura, en especial del rico legado artístico que se evidencia de la cerámica decorada.

Con estos elementos de juicio, Cornely postuló que los Diaguitas habían tenido en

Plato del tipo campanuliforme, fase Diaguita III, con representaciones humanas en su interior. Procedencia: Valle de Elqui. (Museo Arqueológico, La Serena.)

Llamita y figura humana del santuario incaico de Las Tórtolas.





un principio una base común con las tribus trasandinas, con un desarrollo posterior e independiente en el territorio chileno; aceptó el uso de la lengua kakan propuesta por Latcham, desestimó la influencia de la Cultura Tiawanaku en la Cultura Diaguita y, por último, elaboró, basándose en la tipología de la cerámica y su asociación con diversas modalidades de sepultación, una periodificación dividida en 3 fases:

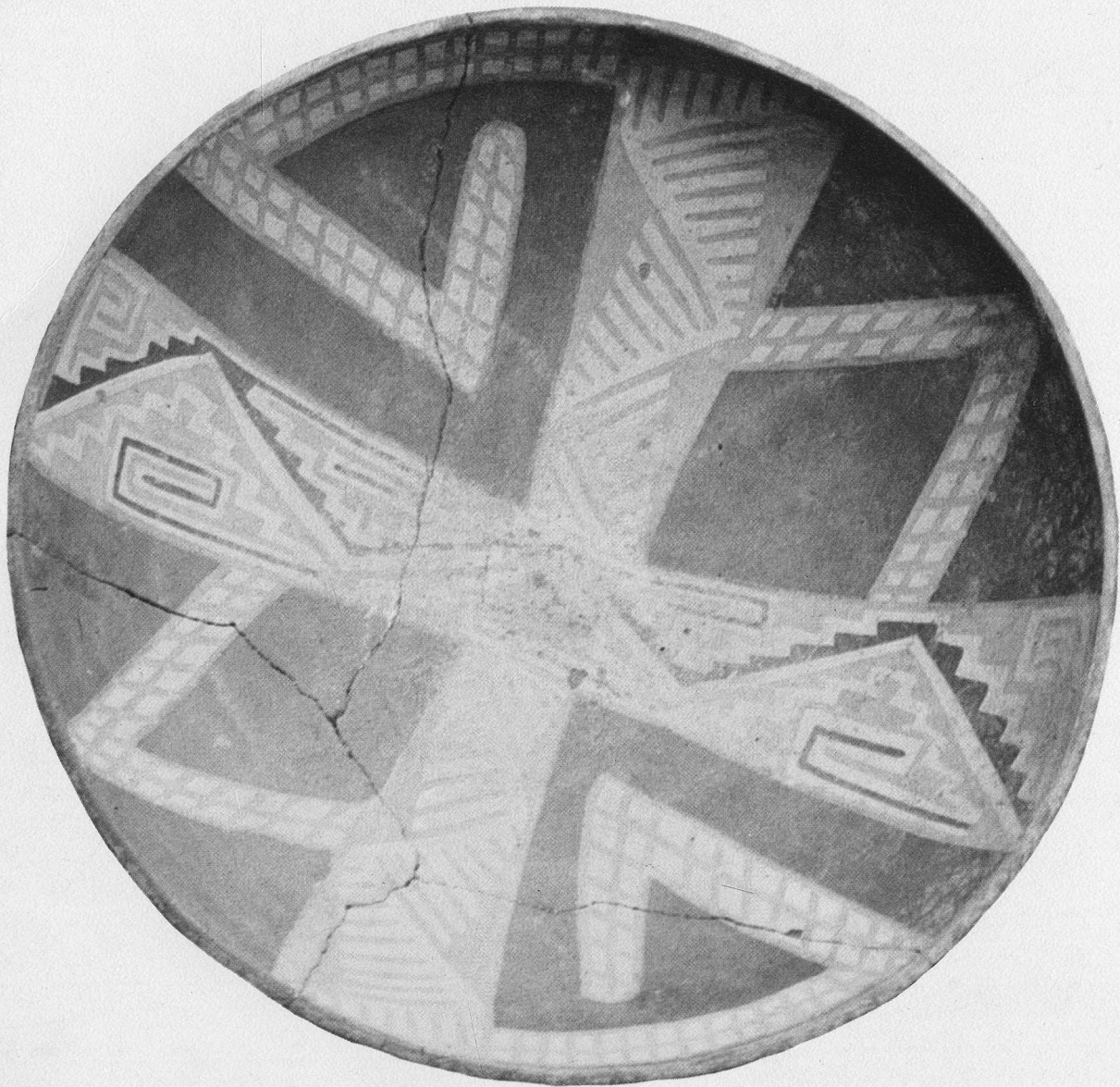
Fase Arcaica. Sus características cerámicas las representó el cementerio ubicado en la “*Quebrada Las Animas*”, en el Valle de Elqui, siendo sus rasgos más relevantes las formas subglobulares y troncocónicas, decoradas en especial con motivos geométricos simples en el interior de la pieza, en los tres colores básicos: rojo, negro y blanco. El exterior de la pieza es generalmente de color rojo o crema, en algunos casos con una franja en su borde en colores blanco y negro. Como veremos más adelante, estos tipos cerámicos han sido incluidos en el **COMPLEJO LAS ANIMAS**, ya mencionado. Las sepulturas de esta fase, según Cornely, sólo tenían una demarca-

ción interior con piedras de río, en forma rectangular, existiendo evidencias del uso del cobre y de la cerámica utilitaria o de cocina, habiéndose perdido el resto del contexto debido a las condiciones climáticas, hecho que se repite en casi todos los yacimientos arqueológicos de la Región.

Fase Transición. La decoración y las formas de la cerámica en esta etapa difieren ostensiblemente de la anterior, lo que se explicaba en parte por las influencias “*chinchas*” de la costa peruana postuladas por Latcham y aceptadas por Cornely, con una gran riqueza en los diseños geométricos de la decoración, las paredes de los platos con una tendencia hacia la vertical, aunque todavía redondeados, y las formas de sepultación más complejas, con uso de lajas de piedra ubicadas en forma oblicua sobre el cadáver, el que en general se presentaba enterrado en forma flectada de cúbito lateral.

Los cementerios más importantes de esta fase, según Cornely, tenían una amplia difusión desde Copiapó hasta el Valle del Choapa, enriqueciéndose los contextos con





◀ Plato con decoración geométrica. Diaguita.

Fase I.

el uso de anzuelos de cobre, espátulas de hueso, “*torteras*” (volantes para el uso del hilado), pinzas depilatorias, aros y herramientas de cobre, instrumentos líticos como puntas de flechas, etc.

Fase Clásica. La evolución de la forma y decoración de la cerámica evidencia esta fase: los platos decorados son de mejor factura, con paredes rectas y bases redondeadas, algunos con representaciones antropomorfas que ya se conocían en menor escala en la fase anterior; la metalurgia alcanza mayor desarrollo; la forma de sepultación es mucho más compleja, y en ella se utilizaban lajas de piedras graníticas o trozos de depósitos de conchas fosilizadas, típicos de la región costera, que enmarcados en un sepulcro rectangular con su correspondiente tapa guardaban los restos de uno o más individuos, con sus objetos de ajuar, especialmente cerámica, collares, metales, etc.

Por último, Cornely detectaba la presencia de la influencia de los incas en los contextos diaguitas hacia el Siglo XV con la

introducción de las formas típicas de la cerámica cuzqueña, un progreso en la metalurgia y un intercambio de los estilos utilizados por los artesanos diaguitas, lo que indudablemente reflejaba una transculturación. Las evidencias de algunos elementos europeos en las sepulturas de esta fase (especialmente los abalorios de vidrio o “*chaquiras*”) demostraban en forma evidente el contacto con el mundo europeo en los inicios del proceso de conquista del territorio por los españoles en el Siglo XVI.

Evidentemente, Cornely destacó el aspecto de la cerámica decorada, por ser el elemento más atractivo e importante del contexto arqueológico. Las formas y la decoración le sirvieron para afinar su secuencia, además de algunos rasgos de la cerámica utilitaria, como es el caso de los “*jarros zapatos*”, denominados así por su forma y, por supuesto, los tipos particulares que diferenciaban la influencia Inca de las Fases Diaguitas y el mayor desarrollo estilístico de esta última.

Por esos años de la década del 50 muy

poco se sabía del aspecto físico de los Diaguitas, si bien tanto Latcham como Cornely observaron sus características como correspondientes a tipo braquicéfalos, con deformación artificial de tipo tabular erecta sin mayor afinación en las conclusiones.

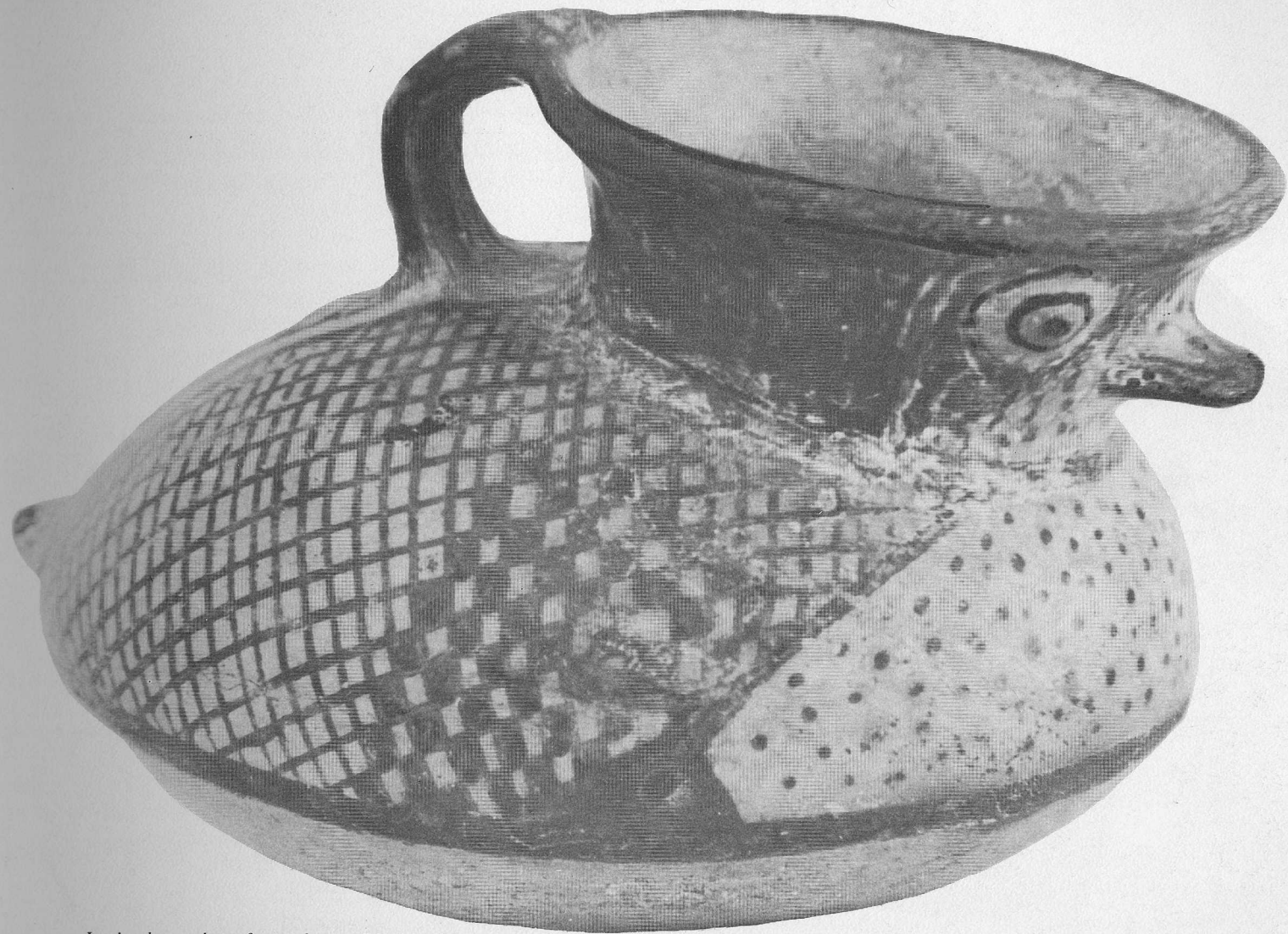
Por otra parte, ambos autores desestimaron un tanto la influencia de los Incas, señalando Cornely al respecto que sólo influyeron en las principales actividades y en la introducción de nuevos elementos estilísticos.

LA CULTURA DIAGUITA CHILENA

El estado actual de la investigación.

A partir de la década del 60, diversos investigadores han contribuido al estudio de los Diaguitas, en especial Julio Montané, Hans Niemeyer y el autor de este trabajo. A ello hay que agregar las definitivas conclusiones que presentó Jorge Iribarren, en las Jornadas Internacionales de Arqueología, realizadas en Buenos Aires, en 1957, referentes a la lengua “*kakan*” y que desvirtuaron su existencia como tal, en el ámbito regional.

Los principales aportes se han referido a excavaciones estratigráficas de sitios habitacionales, análisis de contextos sepulcrales detallados y relacionados con niveles arqueológicos conocidos, y estudios



*Jarrito decorado en forma de ave. Diaguita III,
Valle del Elqui. (Museo Arq. de La Serena.)*

Flauta de piedra decorada. Procedencia: Plaza Santo Domingo, La Serena (Museo Arqueológico, La Serena).



antropológico-físicos realizados por el profesor Juan Munizaga y la doctora Mary F. Ericksen.

Confrontados estos resultados con las conclusiones de Cornely, se puede apreciar, por una parte, la extraordinaria visión de este sabio que con tan pocos medios y falto de metodología apropiada lograra aproximarse a los resultados de la moderna ciencia arqueológica, y por otra, la falta de un registro adecuado de las importantes excavaciones realizadas, tanto por Latcham y Cornely, y que dejaron un gran vacío para definir claramente las ricas colecciones existentes en los Museos de La Serena y Santiago.

Excavaciones estratigráficas.

Las excavaciones realizadas en los sitios Punta de Teatinos y Puerto Aldea, correspondientes a la costa de la IV Región, demostraron que los diversos niveles en que se ubicaba la cerámica decorada, desde lo

TRADICIONES AGRO-ALFARERAS DEL NORTE CHICO

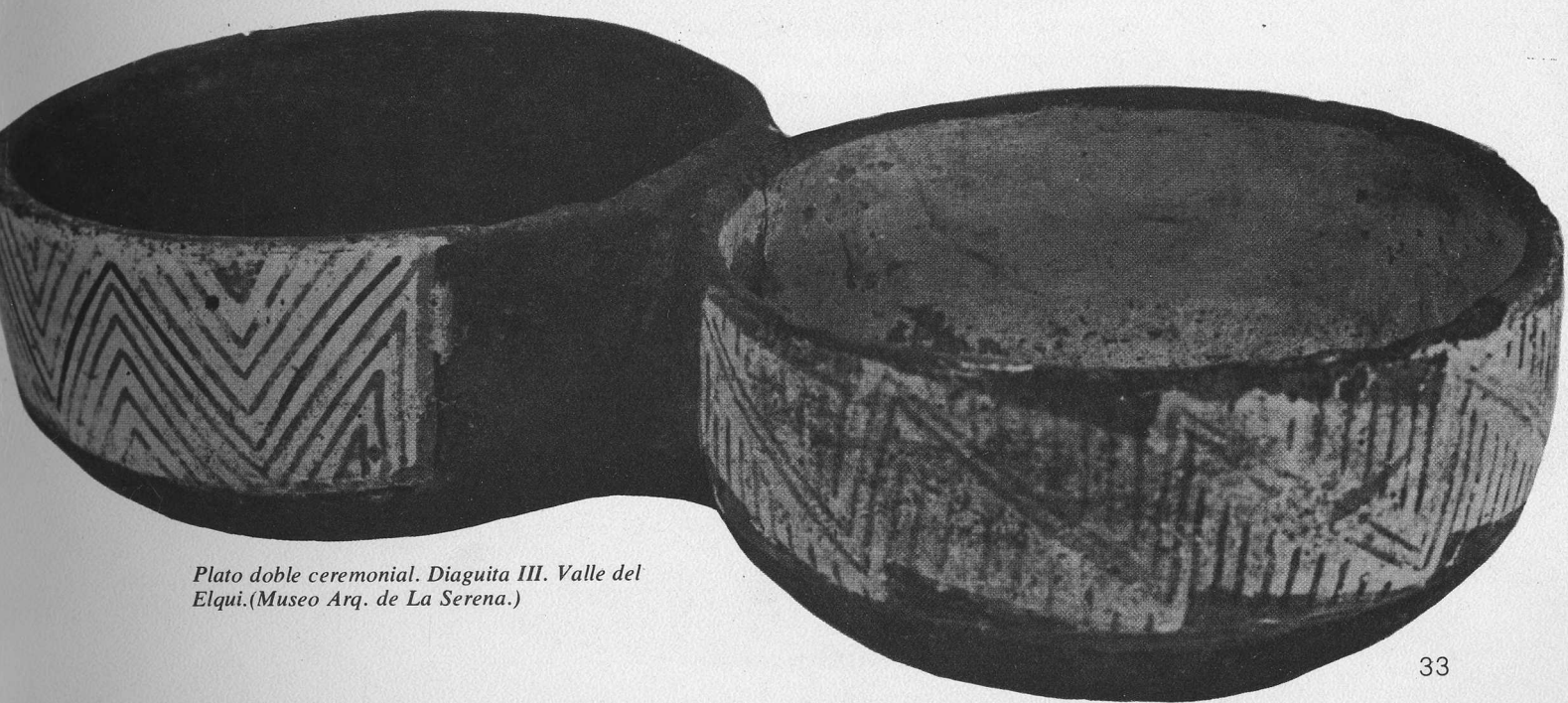
PERIODIFICACION GENERAL	FECHAS	COMPLEJOS CULTURALES	TIPOS CERAMICOS	
TRADICIONES AGRO-ALFARERAS	TARDIO	1537 -	HISPANO	DIAGUITA - INCA - COLONIAL
		1470 -		DIAGUITA III: CERAMICA DIAGUITA - INCA
		1200 -		DIAGUITA II: CERAMICA CLASICA
	MEDIO	1100 -	CULTURA DIAGUITA	DIAGUITA I: CERAMICA ANIMAS IV - TRANSICION
		1000 -		LAS ANIMAS: TIPOS I - II - III
	TEMPRANO	905+95 -	COMPLEJO LAS ANIMAS	
	800 -			
	700 -			
	D.C.	COMPLEJO DE EL MOLLE	CERAMICA DE EL MOLLE	
	0			



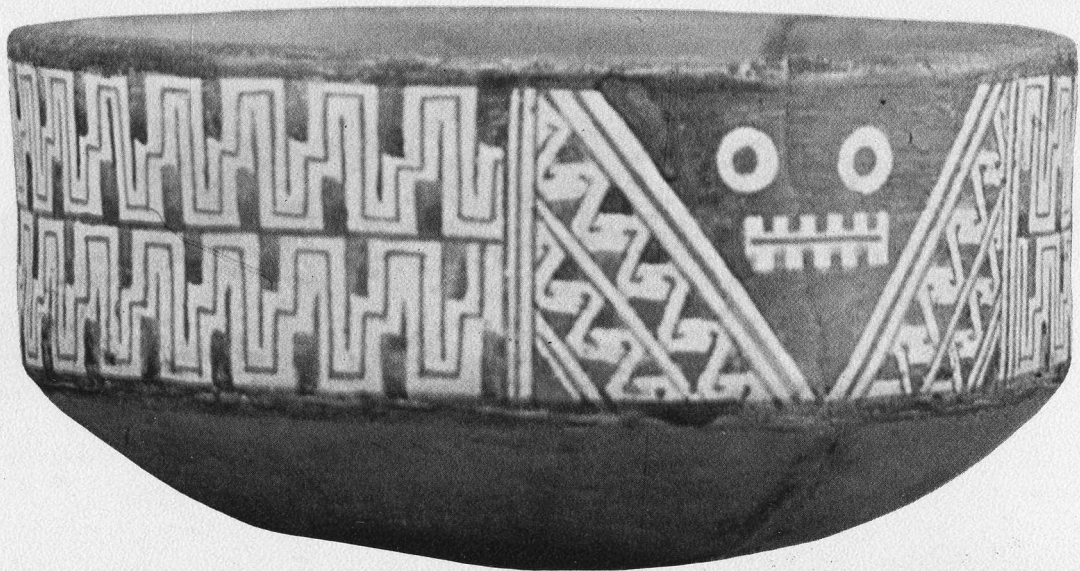
◀ *Detalle de la sepultura con y sin delimitación de piedra bajo el piso de la primera ocupación hispana en La Serena.*

más profundo hacia la superficie, coincidían en gran parte con la tipología que fundamentaba la secuencia de Cornely. No obstante, los tipos cerámicos más antiguos, pertenecientes a aquellas excavadas en el cementerio de LAS ANIMAS, demostraban una evidente discordancia temporal y diferencias en su decoración y manufactura, con aquellos de las fases subsiguientes.

Estas diferencias, señaladas acertadamente por Julio Montané, se hicieron más evidentes en las excavaciones del sitio de Punta de Piedra del Valle de Elqui, en donde fue posible estudiar un cementerio en el cual las sepulturas de las diversas fases aparecieron superpuestas, pudiéndose entonces determinar con claridad el verdadero rango de cada uno de los momentos de esta Cul-



Plato doble ceremonial. Diaguíta III. Valle del Elqui. (Museo Arq. de La Serena.)



◀ *Puco con decoración geométrica y zoomorfa.
Diaguíta Fase II.*

◀ *Puco de cerámica. Diaguíta Fase II. (Museo
Arqueológico, La Serena.)*

tura, sus contextos arqueológicos, formas de sepultación y, por último, la correcta ubicación de los tipos cerámicos en cada uno de los niveles ocupados.

En 1970 tuvimos la oportunidad de excavar un sitio en pleno centro de la ciudad de La Serena, en calidad de salvamento, ante la inminente construcción de un edificio destinado a la Compañía de Teléfonos. Nuevamente encontramos evidencias estratigráficas de los niveles Diaguítas, realizándose un fechado radiocarbónico para el más antiguo y que poseía en su registro los tipos cerámicos del sitio de **LAS ANIMAS**.

Estas y otras observaciones, que sería largo enumerar, nos han permitido redefinir el proceso prehistórico de la Cultura Diaguíta, desde sus orígenes hasta la llegada de los españoles en el Siglo XVI. Falta mucho todavía por conocer de su pasado y creemos que el progreso de la ciencia paulatinamente enriquecerá las conclusiones actuales, que marcan sólo un hito en estos estudios.

Para una mayor comprensión hemos elaborado un cuadro en el cual se ubican los

diversos períodos y su correspondencia con los postulados por Cornely.

Los orígenes. El origen de la Cultura Diaguíta lo encontramos definido en el **COMPLEJO LAS ANIMAS**, que fuera explicado en primera instancia por Julio Montané y elaborado por nosotros posteriormente. La cerámica característica, ubicada por primera vez en el sitio correspondiente, por Francisco Cornely, presenta 3 tipos de decorados: los 2 primeros corresponden a piezas de formas troncocónicas, de bases planas o redondeadas y paredes oblicuas ligeramente encorvadas, sus colores son generalmente el negro, el crema y el rojo y su decoración se representa en líneas rectas, zig-zag y triángulos adosados a una línea. En algunos casos, el interior de las piezas está enlucido de negro, y en otros la decoración es tanto interna como externa.

El tercer tipo posee formas semiesféricas como verdaderos platos y los colores son el rojo, el negro y el blanco, pintado sobre el interior de la pieza, siendo el exterior rojo, en algunos casos con una banda negra, y blanco en el borde.

Lo importante de este tipo cerámico radica en que en su decoración ha sido utilizada, para obtener el color negro, una pintura con un componente de hierro especular, elemento que prácticamente no se encuentra en otros complejos, aun cuando existe alguna evidencia de que en El Molle se habría conocido.

El Complejo LAS ANIMAS se distingue especialmente en los Valles de Copiapó, Huasco, Elqui y Limarí, pero conocemos muy poco todavía sobre otras características culturales y el tipo físico de su población, tarea que representa un desafío para las investigaciones del futuro. En todo caso, aquí se dan las bases para la Cultura Diaguita Chilena. El fechado radiocarbónico logrado en La Serena, y que entregó como resultado el año 905, más o menos 95 d. C., marcaría el momento en que se están generando los inicios de esta cultura.

Los estilos de decoración tricolor, basados en diseños geométricos con franjas escaledadas, cruces, etc., y que fueron en un principio adjudicados a un estilo "*Chincha*", son más bien propios y demostrativos

de la integración cultural que se produce en Los Andes Meridionales, hacia la fecha señalada.

Durante el Siglo X d. C. se produce una serie de movimientos de pueblos en el área andina, desde el Noroeste argentino a través de los diversos pasos cordilleranos, y que repercuten en nuestra Región.

Ya hemos visto que el **COMPLEJO LAS ANIMAS** hunde sus raíces en una dinámica cultural compartida en ambos lados de la cordillera, y está sentando las bases de las diversas tradiciones cerámicas que caracterizarán al Diaguita.

Las investigaciones de la arqueología argentina demuestran que el área inmediata al territorio chileno y a la que pertenecen las provincias de Catamarca, La Rioja y San Juan, era habitada por diversos Complejos Culturales, entre los que se destacan especialmente las culturas La Aguada, Condorhuasi, San José y Santa María. Esta última fue la que se utilizó para asignarle una identificación con el Diaguita Chileno, pero gracias a las modernas investigaciones sólo

permite una comparación a nivel de algunos diseños que son generales en el desarrollo cerámico del mundo andino.

Con diversas motivaciones, surge entonces la **PRIMERA FASE** de la Cultura Diaguita, al comienzo ubicada en numerosos cementerios y confundida un tanto con el Complejo **LAS ANIMAS**, el que hemos logrado determinar.

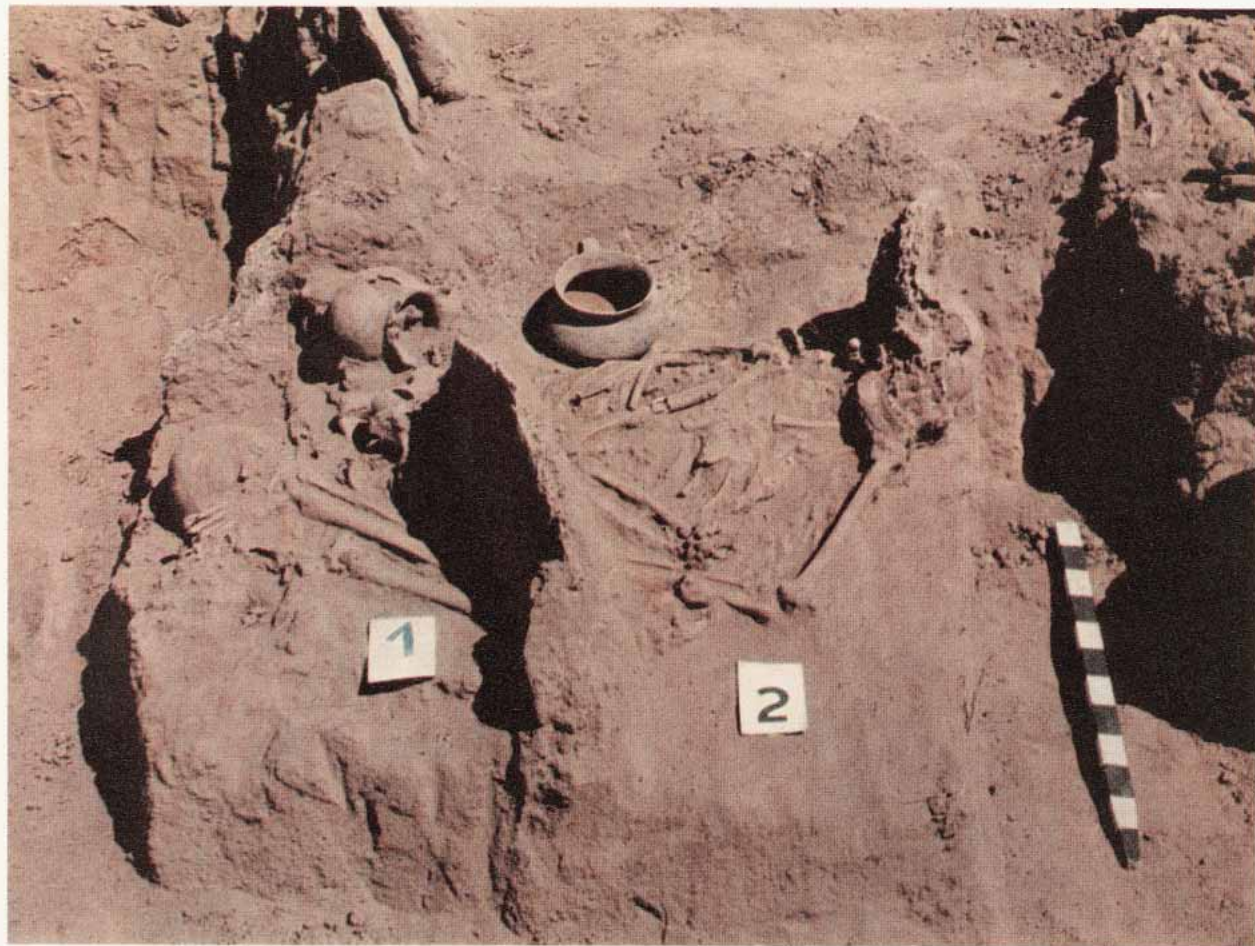
Tanto la pasta utilizada para su confección como el proceso de cocción demuestran una notoria diferencia con la cerámica típicamente Diaguita.

La Fase I. Se caracteriza por poseer un estilo y técnica cerámica bien determinada, con elementos que se pueden asimilar, en algunos casos, al período anterior, y con formas de platos subglobulares, profusamente decorados en su interior, en los que predomina, como color base, el rojo y sobre el que se pintan los motivos geométricos sobre bandas blancas con diseño rojo y negro. Corresponden, de acuerdo a un criterio tipológico, al tipo IV del sitio **LAS**

ANIMAS, definido por Montané. Además, se han sumado a esta fase los tipos "*Transición*", que en forma muy afortunada pudimos estudiar en el sitio arqueológico de Punta de Piedra. En diversas temporadas se aisló un cementerio con dos niveles superpuestos de sepulturas, siendo el inferior correspondiente a esta fase, y en donde las sepulturas más profundas se encontraban con los cuerpos en posición flectada de cúbito lateral, con el ajuar caracterizado por una o dos piezas cerámicas y cubiertos con trozos de alfarería de gran tamaño, de preferencia protegiendo la cabeza, y pertenecientes a urnas u otras especies dispuestas ex-profeso sobre los cuerpos. También se pudo determinar la presencia de sepulturas similares a las descritas por Cornely para su fase *Transición*, ya mencionada, sumados, además, los elementos propios de su contexto, y con una mayor variedad de formas en los platos, algunos de ellos con representaciones antropomorfas, además de la cerámica utilitaria o de cocina.

La excavación de este importante sitio, conjuntamente con los estudios realizados en Puerto Aldea, Punta de Teatinos y La

Detalle de una sepultura con evidencia de superposición de los períodos Diaguita 1-2.



Cuenca de labio restringido y decoración geométrica. Cultura Diaguita, fase II. Procedencia: Estadio Fiscal de Ovalle (Museo Arqueológico, Ovalle).



Serena, permitieron unificar un criterio de acuerdo con indicadores arqueológicos más precisos. Si bien la “*secuencia*” tipológica de la cerámica decorada fue acertadamente descrita, la moderna metodología permitió deducir de sus resultados que el estilo “*Transición*” era prácticamente contemporáneo de la cerámica del tipo LAS ANIMAS IV. En ambas se desarrolla la característica decoración diaguita: franjas dispuestas en las paredes o en el interior de los platos, con la utilización de 7 u 8 elementos fundamentales, que se multiplican en un sinfín de variedades, que van desde el simple escalonado rojo-negro, separado por líneas quebradas, hasta una compleja disposición de trazos negro-rojo sobre blanco, que utilizan gran variedad de líneas quebradas, escalonadas, rombos y círculos.

Las formas se enriquecen con la aparición de representaciones antropomorfas, en platos y jarros, la metalurgia, apenas conocida en el Complejo LAS ANIMAS, es ahora más abundante, con evidencias de anzuelos, pinzas depilatorias, adornos, etc... Desafortunadamente, las informaciones que poseemos hasta el momento son demasiado

específicas y se refieren más bien a sitios antes que a un desarrollo general del complejo cultural.

En pleno Siglo XII, los Diaguitas habitaban los principales valles del Norte Chico, y sus restos nos demuestran que se ocupaban principalmente en labores agrícolas y ganaderas, sin descuidar la pesca en caletas y ensenadas de la costa. Las diferencias culturales con los pueblos trasandinos son evidentes, y, al parecer, sus relaciones son más bien simples intercambios. Los hábitos transhumantes han perdido en gran parte su importancia como esquema económico y la ganadería se circunscribe en especial a los flancos occidentales de la cordillera, en temporadas de verano.

La población es aparentemente más numerosa y sus restos demuestran un tipo físico mesocéfalo a braquicéfalo, que practica la deformación craneana intencional, de la variedad tubular erecta, como un elemento más de sus valores culturales. Son de estatura regular (1,65 - 1,68 m.), las diferencias entre hombre y mujer (dimorfismo sexual) son marcadas y los huesos del cráneo

denotan un buen relieve muscular. El cronista que acompaña a Pedro de Valdivia en la conquista del territorio dirá hacia 1558 que: "*Es gente de buen tamaño, y ellas de buen parecer*".

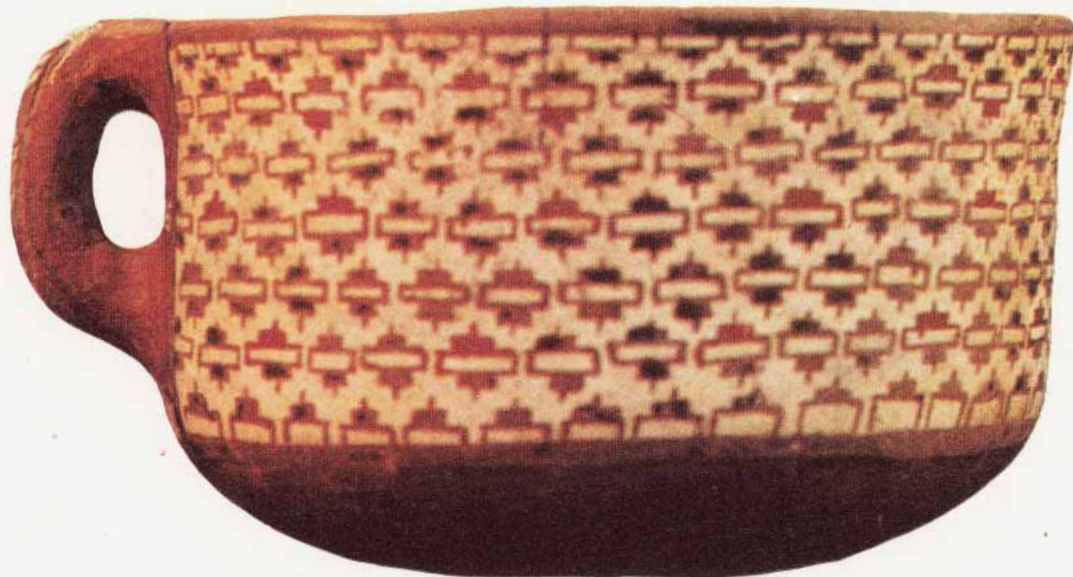
En conclusión, esta Primera Fase, que engloba por lo menos dos variedades tipológicas de la cerámica decorada, nos obliga a señalar que nuevas investigaciones deberán afinar en mejor forma su contenido. Los análisis tipológicos son muy relativos cuando se fundamentan en colecciones y no en excavaciones estratigráficas. Sólo el sitio de Punta de Piedra nos ha permitido postular una cierta unidad, según los componentes señalados.

Fase II. Corresponde al momento más brillante en el desarrollo estilístico de la cerámica diaguita, y se le ha denominado "Clásico", para resaltar este hecho.

Los diseños y formas de la Fase anterior se desarrollan en una enorme variedad de motivos, que, en el fondo, siguen siendo los

*Representación cerámica de un auquenido con
dos cabezas. Diaguita III. Valle del Elqui (Mu-
seo Arq. de La Serena).*





mismos diseños, recreados con singular maestría. Los platos, como ya se ha observado, se estructuran en una forma compuesta, con paredes rectas y bases redondeadas, con una mayor utilización de motivos antropomorfos en las bandas decoradas externas; jarros y “urnas” de singular belleza, que aparentemente comienzan a ser utilizadas en la Fase anterior, y los famosos “jarros patos”, cuya denominación poco acertada señala formas de jarros antropomorfos, ligeramente elipsoidales, con una asa que une la cabeza representada con la abertura del jarro. La cerámica utilitaria, en

especial los “jarros zapatos” o asimétricos, aparece decorada con incisiones y aplicaciones sobre relieve, algunas de las cuales son de gran originalidad.

Las variedades son enormes, y el contexto se enriquece con una fina artesanía del hueso, representada por espátulas, cucharas y diversas herramientas decoradas; la metalurgia está señalada por nuevas formas de aretes y adornos y, por último, la modalidad de sepultación, que acertadamente distinguió Cornely, y que nosotros registramos en el sitio ya mencionado de Punta

◀ Jarro Diaguita, Fase II (clásico) con asa. Pro-
cedencia: Valle de Elqui (Museo Arqueológico,
La Serena).

Jarro Diaguita, Fase II, antropomorfo. Proce-
dencia: Valle de Elqui. (Museo Arqueológico,
La Serena.)



de Piedra, se caracteriza por la utilización de lajas graníticas o rocas sedimentarias de depósitos fosilíferos marinos, que enmarcan en forma casi rectangular una verdadera "caja", con su correspondiente tapa, dentro de la cual el cuerpo se presenta extendido. A veces son dos o más los restos humanos, lo que demuestra sucesivos momentos de sepultaciones colectivas, y el ajuar, en este caso la cerámica, distribuida especialmente en torno a la cabeza o a los pies.

Nuestras excavaciones demostraron, también, que este modo de sepultación no es uniforme, ya que se encontró un mayor número de sepulturas sin esta construcción: simplemente excavadas en la tierra y con una variada forma de ubicar los cuerpos, ya sea flectados, extendidos, etc. Un rasgo sintomático detectado en Punta de Piedra, se expresa en el hecho de que las tumbas de este nivel superior, muchas veces afectaron a las inferiores, cuando se excavaron las fosas. No obstante, la población Diaguita de la Fase II tuvo buen cuidado de respetar los cuerpos y las ofrendas de las sepulturas inferiores de la Fase I. En más de un caso, pudimos comprobar que cuando se enterra-

ron las lajas de piedra para conformar la tumba, se encontraron con las osamentas del nivel inferior. Estas no fueron movidas: a lo sumo fueron cuidadosamente ubicadas a un lado, con todo su ajuar.

La Fase II se encuentra claramente distribuida en todo el Norte Chico, y sólo existen pequeñas variaciones regionales, como es el caso de Copiapó, siendo el área de mayor concentración y riqueza, los valles de Elqui y Limarí.

Nuevamente, la evidencia arqueológica nos parece demostrar una población relativamente abundante, que vive reunida en aldeas de uso dilatado. El tipo físico es el mismo de la fase anterior, lo que evidencia una continuidad étnica incuestionable.

Fase III. Aproximadamente hacia el año 1470, según lo señalan los cronistas, el Antiguo Imperio Incaico, gobernado por Topa Inca Yupanqui, inició la conquista del territorio chileno. Según el Inca Garcilaso, la expedición fue cuidadosamente preparada, bajo el mando del General Sinchiruca, con más de 10.000 hombres armados, que

durante seis años combatieron entre Copiapó y Aconcagua, alcanzando a disponer de unos 50.000 soldados, lo que evidentemente es una cantidad exagerada.

En todo caso, no cabe duda de que la conquista del territorio no se logró en forma pacífica y probablemente este hecho explica la escasa población que encontraron Diego de Almagro y Pedro de Valdivia, cuando inician la conquista española, setenta años más tarde. Esta situación llegó a ser tan grave que Valdivia, cuando decide fundar la ciudad de La Serena en 1544, debe hacer merced de indios a los soldados comandados por Juan Bohón en cantidades ínfimas, *“porque desde el Valle de Conconagua hasta Copayapo no hay 3.000 indios”*.

Este hecho no deja de ser significativo, por cuanto en el territorio chileno son los diaguitas el único pueblo que demuestra una clara utilización de los diversos componentes culturales que representa el Incanato, y que son introducidos en la región.

La evidencia arqueológica es muy rica

para este período y, al contrario de lo señalado por otros autores, demuestra que la ocupación del territorio por los Incas evidentemente transformó la cultura de los Diaguitas, enriqueciéndola con nuevas técnicas de regadío, metalurgia y motivaciones artísticas, lo que está demostrado claramente en la utilización de formas y diseños provenientes del Cuzco en la alfarería local.

La cerámica, en este período, raramente se representa en estilos puros de la alfarería peruana, aunque las formas como escudillas, aríbalos, jarros de asa vertical, y otros diseños, como los triángulos antepuestos por el vértice, reticulados y guardas en cuadrículados o *“tablero de ajedrez”*, aparecen profusamente. En la mayoría de los casos está presente el elemento diaguita, lo que evidencia un proceso de transculturación importante y una aceptación de los alfareros locales, que copian y revitalizan estos elementos andinos.

Este proceso no se produce en las culturas contemporáneas del Norte Grande. Quizás la distancia de la metrópoli imperial y la rica tradición cultural del pueblo dia-

guita hicieron posible que estas motivaciones estilísticas fueran recogidas y adaptadas en forma armónica.

La alfarería se enriquece, no sólo por el aporte incásico, sino que también por la aparición de nuevos estilos, como es el caso de nuevas formas de los “*jarros patos*”, los platos campanuliformes o tronco-cónicos, la transformación de las clásicas formas cuzqueñas y, en fin, una variada representación de los diseños en las formas propias del diaguita.

Excepcionalmente, se han encontrado en el área formas evidentemente “*importadas*”, y que implican la presencia de la religiosidad de los quechuas. En el Cerro Las Tórtolas (6.332 m. de altura) existen todavía los restos de un antiguo “*altar*” dedicado al culto del sol, construido por los Incas, similar en su contexto al encontrado en el Cerro El Plomo, frente a Santiago, y del cual hemos podido rescatar, hasta el momento, una figurilla de plata y dos elaboradas en spondylus (valva de un molusco de aguas tropicales), todas ricamente ataviadas, junto a otros elementos evidentemente traídos del

Jarro-pato con decoración geométrica. Acusa influencia incaica. Diaguita II.



Plato con decoración geométrica, cubriendo su exterior. Diaguita, Fase I.



Plato de cerámica con decoración interna, correspondiente al Complejo Las Animas (tipo Animas III). Procedencia: Tongocillo. (Museo Arqueológico, Ovalle.)



territorio peruano. Otro tanto ocurre con algunos hallazgos de un cementerio excavado en la ciudad de Ovalle, en donde se destaca la presencia de una "packcha", en este caso una representación en cerámica de una cabeza humana, que formaba parte de un ceremonial destinado al culto del agua y la fertilidad, tradición que todavía se conserva en la población indígena de raíz quechua en el Perú.

Otra pieza destacada es una escultura de piedra de extraordinaria factura, encontrada en Illapel.

Un cementerio perteneciente a este período, que excavamos en el Fundo Coquimbo, en la ribera norte del río Elqui, a pocos kilómetros al interior de La Serena, nos permite definir algunos aspectos interesantes referentes a las transformaciones de los patrones culturales. Todas las sepulturas aparecen con su eje en dirección a la cordillera; los ajuares son más ricos en el número de los objetos cerámicos; se sigue utilizando la sepultación en cistas de piedra, generalmente colectivas, y los diseños de la alfarería y sus formas representan clara-

mente la mezcla de los estilos diaguita e Inca. La metalurgia evidencia el uso de herramientas andinas, como es el caso de cinceles, tumis (cuchillos semilunares) y topus (prendedores), confeccionados en cobre o bronce. El oro es poco abundante y sólo aparece utilizado en piezas de estilos netamente cuzqueños o en aretes.

Destaca, por último, un rico contexto de instrumentos musicales, confeccionados en piedra, cerámica, y madera, como son las llamadas "*flautas de pan*", silbatos y ocarinas, algunos de los cuales, sospechamos, deben haber sido conocidos en la Fase anterior. Espátulas y herramientas de hueso son también abundantes, pero presentan poca variación con las ya conocidas por los diaguitas.

A la llegada de los españoles, y de acuerdo con las observaciones realizadas por el conquistador don Pedro de Valdivia y cronistas contemporáneos al hecho, las tribus que poblaban el Norte Chico se diferenciaban de valle en valle, incluso en el lenguaje. Este hecho contrasta con la homogeneidad del registro arqueológico que hemos

bosquejado. Al parecer fueron el vestuario y el idioma los que más resaltaron a los ojos de los conquistadores.

Con respecto a esto último, ya hemos adelantado el hecho de que la lengua "*kakan*" que postularon Schuller y Latcham no aparece en los registros de la moderna lingüística. Aún más, la denominación "*Diaguita*" no se menciona en las primeras crónicas, lo cual ha sido utilizado como base para cuestionarla. Etnográficamente se conocen, a través de la documentación colonial, los diaguitas argentinos, término que hace algunos años se generalizaba como denominativo para diversos complejos arqueológicos.

No obstante lo anterior, existen algunos datos que permiten afianzar el término y su aplicación en el Norte Chico. Por de pronto, está el hecho de que en este territorio el proceso cultural se desarrolla de modo uniforme en torno a una etnia bien definida. En 1605 un documento firmado por un descendiente del conquistador Francisco de Aguirre identifica a grupos aborígenes en el Valle de Elqui. Otro documento muy importante

y que se refiere a la Probanza de los méritos y servicios de Santiago de Azoca, que participó en la defensa de la ciudad de Santiago ante el asalto perpetrado por los indígenas en 1541, señala que “... *toda la gente de guerra desta provincia y mucha parte de los indios diaguitas a quienes ellos habían enviado a llamar...*” Por último, todavía existe en el interior del Valle de Elqui un pequeño poblado con esa denominación, cercano a la ciudad de Vicuña.

Para entenderse con los naturales, los españoles utilizaron a traductores o “*lenguas*” que hablaban quechua, idioma que según señalan los cronistas era entendido por los indígenas del Norte Chico.

La población, hacia el momento del proceso de conquista, aparece muy disminuida, calculándose que no alcanzaba a más de 30.000 indios distribuidos entre los valles de Copiapó y Aconcagua. Esta cifra, que ha sido obtenida de diversas fuentes, nos presenta un cuadro muy negativo y difícil de explicar. Por un lado, la ocupación del territorio por los Incas debió haber sido muy violenta, como lo señala la cita de Gerónimo

de Bibar que encabeza este trabajo. Por otra parte, es muy posible que el cálculo realizado por los españoles sólo haya tomado en cuenta a los pobladores de los valles principales, desestimando aquellos que habitaban la franja costera y las quebradas y sectores precordilleranos.

La arqueología nos demuestra por último una distribución especial que ocupa casi toda el área considerada. La riqueza de los ajuares sepulcrales, cuyo volumen podemos apreciar con el aumento y variedad de las piezas cerámicas que contienen, indican una creciente actividad económica, nuevas motivaciones artísticas y, por ende, una población relativamente abundante. Si es posible comprobar el uso de esta población por los Incas como “*mítimaes*” (soldados o colaboradores en las actividades guerreras), en la conquista de los territorios vecinos (Chile Central y Provincia de Mendoza y San Juan), entonces sería este hecho un factor que podría explicar lo despoblado de la Región a la llegada de los españoles.

Recapitulación.

El análisis que hemos realizado es sólo una síntesis del conocimiento arqueológico que se ha venido conformando gracias al aporte de diversos investigadores chilenos y extranjeros.

Nos queda la sensación de que estos capítulos han deformado, en cierta medida, lo poco que sabemos, por cuanto aparentemente el hombre, razón *per se* de toda historia, aparece diluido en fases, estilos, sepulturas y cerámica.

La arqueología tiene esta limitación de desenterrar sociedades o culturas y no individualidades.

Por otra parte, los primeros cronistas españoles no se interesaron mayormente en describirnos a estos pueblos, salvo el mapuche, por el indomable espíritu de libertad, que mantuvo por siglos en constante peligro a los territorios conquistados.

Los diaguitas hacia el siglo XVIII ya han sido casi totalmente absorbidos por la sociedad criolla-hispana, y hoy en día nada queda de sus creencias, tradiciones o valores culturales.

Parece cierto que no constituyeron un “*reyno*” sino más bien “*señoríos duales*” que tiene como base la organización de la sociedad en “*mitades*”, a la manera del modelo andino. La documentación parece demostrar que la estratificación de clases sociales permitía a los jefes o “*caciques*” la **poligina**. Por otra parte, recibían trato especial. Las sepulturas excavadas señalan indudablemente las diferencias de rango o riqueza, pero es aventurado sostener divisiones de castas o “*clases totémicas*” como lo hicieron otros autores.

Lo que no debemos olvidar es que la “*Cultura Diaguita Chilena*” presenta una particular personalidad, que advertimos a través de la uniformidad de los estilos cerámicos, prácticamente desde el Río Copiapó al Choapa confluyendo en la Fase III hacia Chile Central. El tiempo y el medio ambiente se encargaron de borrar otros vesti-

gios, como podrían haber sido los tejidos, tallados en madera, habitaciones, vestuario, creencias, etc. Todavía no perdemos la esperanza de poder ubicar algún sitio que haya conservado algo de ellos.

Las fases descritas son tan sólo un intento de elaboración, aún en proceso, de una secuencia para esta cultura. Vemos con temor y al mismo tiempo con esperanza que las diversas Fases propuestas son tan relativas como las puntualizadas por otros autores. Esperamos que el progreso de la ciencia arqueológica pueda ir despejando incógnitas y creando nuevas hipótesis.

▲
Vaso con la representación de un loro. Diaguita III, Valle del Elqui (Museo Arqueológico, de La Serena).

►
Jarro de cerámica utilitaria con representación zoomorfa. Diaguita III (Museo Arq. de La Serena).





◀ *Detalle de sepulturas sin señalización aparente de la Fase II (Clásica), ubicadas en Punta de Piedra.*

Crisol para fundir cobre, de cerámica. Diaguita III. Fdo. Coquimbo (Museo Arq. de La Serena). ▶

Jarro antropomórfico de cerámica utilitaria, asimétrico. Diaguita II. Valle de Elqui (Museo, La Serena). ▼

